

masificación se ha dado dentro de grupos privilegiados y no en forma transversal a todos los grupos socioeconómicos. Por lo tanto, distribuir los importantes y bien documentados beneficios de la educación superior entre todos los estratos de la sociedad seguirá representando el desafío más importante para la educación superior en las próximas décadas. ■

El desafío de la enseñanza efectiva

ANDRÉS BERNASCONI

Andrés Bernasconi es profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile. E-mail: abernasconi@uc.cl

Desde hace ya un milenio, la educación superior ha fomentado el saber y ha formado a las personas en conocimientos avanzados. Con el tiempo, a estas funciones medulares se les han ido agregando otras, que varían en su definición y urgencia, tales como servir a la misión de una iglesia, capacitar a funcionarios públicos, consolidar una identidad nacional, impulsar el desarrollo, encabezar la innovación tecnológica, etc. Sin embargo, la docencia y el descubrimiento siguen siendo la esencia de la institución que generalmente asociamos con la idea de universidad y de centros similares de educación superior.

No obstante, con la re-invencción de la Universidad en los tiempos modernos, la investigación ha pasado a prevalecer sobre la docencia, como la característica que define la excelencia y distinción en este ámbito. Ciertamente, en el modelo humboldtiano del siglo XIX, la docencia debía apoyarse en el trabajo científico. Sin embargo, en la era de la masificación, dicha interacción virtuosa entre la actividad de investigación y el ambiente para el aprendizaje se lleva a cabo en forma casi exclusiva dentro del ámbito de la formación doctoral.

Además, a medida que la tendencia academicista (academic drift) torna cada vez más difusa la línea divisoria, basada en la investigación, que diferencia a las universidades de las instituciones de educación superior no universitarias, observamos como los colleges, las universidades politécnicas y de ciencias aplicadas

(como las fachhochschulen alemanas), junto con otras instituciones que supuestamente tienen una orientación predominante o exclusiva hacia la formación técnico profesional, se desvían de esa identidad para adoptar una misión de investigación, por lo menos a modo de aspiración.

El prestigio institucional y la reputación personal del cuerpo docente están hoy vinculados únicamente a los logros en investigación. Esta asociación se ve reforzada en la actualidad por los rankings mundiales y en consecuencia la función de la docencia pasa a ocupar un lugar secundario en cuanto a las recompensas institucionales y personales de los profesores, la atención que le prestan los directivos, el desarrollo de capacidades, y al parecer también en cuanto a los resultados.

Dicha subordinación de la docencia a la investigación ya no es sostenible. Por un lado, una avasallante mayoría de instituciones de educación superior en todo el mundo no realiza investigación. Para dichas instituciones, la única excelencia asequible es la excelencia en la docencia y en el aprendizaje. Además, la minúscula parte del estudiantado mundial que asiste a las universidades más selectivas del planeta ya es en general bastante capaz de lograr aprendizajes y desarrollo intelectual por iniciativa propia, independientemente del talento docente de sus profesores. No obstante, para la inmensa mayoría de los alumnos que no asiste a instituciones de élite, la diferencia entre desertar (o titularse pero con un mínimo nivel de aprendizaje) y lograr un dominio efectivo de la disciplina o profesión que un título universitario debe avalar, radica en contar con un cuerpo de docentes capaces. Es más, la paciencia de los políticos con los resultados logrados por las instituciones de educación superior pareciera estar en el nivel más bajo de todos los tiempos, al juzgar por el clima (Zeitgeist) de desconfianza generalizada en las universidades observado en la política pública en los últimos 30 años, desde Inglaterra y EE.UU. a Japón y México. Esta frustración no se debe a un deslucido desempeño en investigación, sino a los escasos o desconocidos efectos de la educación superior sobre el desarrollo de la fuerza de trabajo y la productividad.

Llegará el momento en que la docencia se abra al mismo tipo de escrutinio y juicio exigente de pares que se aplica a la investigación. Las evaluaciones de los estudiantes se complementarán con el análisis de expertos y con la retroalimentación obtenida a través de videos grabados en las aulas, seminarios, o prácticas de laboratorio. Las recompensas y el reconocimiento se les otorgarán a quienes logren la excelencia expandiendo el alcance de las mentes de sus alumnos. ■